

Daniel Balderston, *¿Fuera de contexto? Referencialidad histórica y expresión de la realidad en Borges*

Rosario, Beatriz Viterbo, 1990; 252 páginas. (1ª ed. Duke University Press, 1993)

En el cuento “El jardín de senderos que se bifurcan” un personaje, Stephen Albert, propone un modelo de adivinanza que se construye a partir de la prohibición de nombrar aquello a lo que se quiere referir. Esta prohibición, aclara Albert, es una manera del énfasis. Tal vez por rechazo de toda forma enfática, los enigmas que propone Borges responden en general al modelo opuesto, aquel que nombra al objeto del enigma y se oculta en la máxima visibilidad.¹ Ejemplos de esto pueden ser el epígrafe de “Las ruinas circulares” o los párrafos iniciales de “Hombre de la esquina rosada” y “El muerto”, que presentan todos los elementos necesarios para descifrar el final. Como se ha dicho, es siempre un problema de lectura, y esta afirmación resulta particularmente pertinente en el caso de la crítica. Si omitir siempre una palabra es el modo más enfático de indicarla, seguir la lectura que rastrea la palabra no dicha implicaría un énfasis. Daniel Balderston parece entender en este sentido la mayoría de la crítica producida sobre Borges y elige el modelo alternativo, lee “El jardín de senderos que se bifurcan” como un relato sobre la guerra; allí donde la mayoría vio un juego de tiempos paralelos o una metáfora (adivinanza) de la escritura, él encuentra que los laberintos refieren a las trincheras y que cada palabra se relaciona con una realidad más compleja, externa al cuento, pero que deja sus huellas visibles, especialmente en la elección de los nombres propios. Argumenta —junto con otras consideraciones más teóricas, pero menos relacionadas con la adivinanza— que “la palabra ‘historia’ aparece (en sus diversos sentidos) 56 veces en *Ficciones*, 47 veces en *El Aleph*, 31 veces en *El informe de Brodie* (con mayor frecuencia en “Guayaquil”)” (p. 25n); en estos textos centra su análisis.

La intención declarada en el título es —además de polemizar con la lectura “irrealista” que ha realizado la mayor parte de la crítica borgiana— investigar la referencialidad histórica. En este sentido, Balderston plantea un juego de espejos entre su intento por “historizar los relatos de Borges” (p.33) y la empresa de Hayden White que analiza la historia en términos de categorías ficcionales. Se trata entonces de historizar los relatos, pero no la escritura, ya que el libro trabaja con los contextos presentes en los cuentos, no con la situación de enunciación de Borges escritor. De este modo, se pone en escena la relación entre dos series de relatos, los de la literatura y los de la historia, que se tensan en una búsqueda de lo que sucede en un espacio pensado como no ficcional, el del “tigre que no está en el verso”. *¿Fuera de contexto?* ensaya —con toda la carga de invención que supone el ensayo— la reposición de las condiciones de enunciación históricas de los discursos de los personajes y, como tales, les inventa parentescos, relaciones de amistad y una historia que excede el marco del relato. El resultado es un libro carnavalizado, que basa su eficacia en el rechazo del estudio de las fuentes como matriz explicativa y prefiere activar relaciones intertextuales en un “diálogo de muertos” (esa forma de supervivencia en la literatura moderna de los géneros cómico-serios caracterizados por Bajtín, donde los anacronismos, la libre invención y la burla sirven para plantear los problemas filosóficos más profundos y relacionarlos con temas de actualidad política).² Más que “fuera de contexto”, como plantea el título con el agregado de signos de interrogación que lo convierten en polémico, es un libro que está “fuera de tono” en el sentido en que lo están todos los discursos carnavalizados. Dos ejemplos de estas salidas de tono podrían ilustrar en qué consiste la carnavalización apuntada: en la bibliografía, heteróclita y extensa, figura un libro de Pierre Menard (*L’Ecriture et le subconscient: Psychanalyse et graphologie*, París; Libraire Félix Alean, 1931) que el autor declara no haber inventado; las pistas más notables de la referencialidad que se le puede atribuir al libro están en el anagrama de la editorial (existente en la época) y en el relato de una carta que Freud le escribiera a Menard en 1921. Otra anomalía bibliográfica recuerda al tomo XXVI de la *Anglo-American Cyclopaedia* que contiene el artículo sobre Uqbar: la primera nota del libro de Balderston indica que “las citas de la obra de Borges son de la edición de las llamadas *Obras completas* publicadas por Emecé en 1974, a menos que se indique lo contrario” (p. 11); en el capítulo 3, se llama la atención sobre un error en el número de página que el narrador de “El jardín de senderos que se bifurcan”

¹ Este modelo está muy presente en las adivinanzas tradicionales, como por ejemplo la siguiente: “No soy ave ni soy pez, ni soy de la especie alada, y sin ser ave ni nada, soy ave y nada al revés”, cuya respuesta obvia es “Adán y Eva”.

² Bajtín, M., *Problemas de la poética de Dostoievski*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 1993; pp. 144-252.

cita de la *Historia de la guerra europea* de Liddell Hart. Para quien está siguiendo el cuento de la edición de las *Obras completas* (1974), donde remite la cita, la anomalía declarada no aparece (aunque sí aparece en otras ediciones), pero cuando acude a la “Bibliografía” (que a esta altura ya es un capítulo más del libro) descubre que las *Obras completas* que cita en esta oportunidad Balderston fueron editadas por Sudamericana, también en 1974.

Uno de los momentos más productivos del libro de Balderston, el análisis de “Pierre Menard, autor del Quijote”, parece justificarse nuevamente en un texto de Borges, esta vez “Un problema”, perteneciente a *El hacedor* (1960): “Imaginemos que en Toledo se descubre un papel con un texto arábigo y que los paleógrafos lo declaran de puño y letra de aquel Cide Hamete Benengeli de quien Cervantes derivó el Don Quijote”. Imaginemos, por tanto, que Pierre Menard escribió efectivamente su *Quijote* entre las décadas del veinte y del treinta y que alcanzó a redactar sólo algunos capítulos, de los cuales se conservan veintinueve palabras del capítulo IX. La tarea es entonces reconstruir el campo intelectual francés, aludido indirectamente en el *Quijote* de Menard. Se asiste así a la configuración de ese campo en torno a la discusión sobre el papel de los intelectuales llevada a cabo por una generación fuertemente signada por el caso Dreyfus y por la Gran Guerra, “inevitable” traducción del discurso de las armas y las letras en un siglo en que los escritores cumplen una función específica y sólo a través de ella intervienen en la sociedad; esta reconstrucción de las discusiones resulta no sólo minuciosa, sino pertinente para rescatar una dimensión ética y política del cuento de Borges. Si además es una respuesta a *La hora de la espada* y al viraje político de Leopoldo Lugones es una pregunta que Balderston no se formula, ya que si bien el narrador “no ignoraba del todo la literatura” argentina, como lo demuestra su mención de *La gloria de don Ramiro* de Larreta” (p. 60) claramente no pertenece al campo cultural argentino y, por lo tanto, estos temas le son ajenos. Para evitar una respuesta sobre la situación concreta de Borges, Balderston argumenta que es el narrador el que data la necrológica en 1939, aunque el análisis que hace de este dato sugiere una intervención del autor. Esta fecha, que detiene la reflexión sobre las armas momentos antes de la Segunda Guerra, contradice a gran parte de la crítica que subraya en el cuento una nueva posibilidad de lectura aplicable a todos los textos. En el contexto de la guerra, no todas las lecturas son equivalentes ni todos los textos hablan de lo mismo.

Un cuidadoso análisis textual está presente en el libro: Balderston distingue en todo momento las instancias de ficcionalización (p. 41n) y no pierde oportunidad para poner en escena su rigor de investigador, como cuando imagina que Menard conoció a Valéry, Gide y Blum en la revista *La Conque*, pero aclara que esto sucedió a pesar de que publicó allí “siete años después de que esta revista dejara de aparecer” (p. 36). En este marco se incluyen dos de los mencionados diálogos de muertos; entre Borges joven y Pierre Menard, y entre Freud y Menard (en este caso a través de un libro y una carta); el resultado es un enriquecimiento de las paradojas, un escritor joven y apasionado que se asombra por la actitud distante del simbolista con respecto a los debates de su época (desmentida por el análisis de su obra invisible) y nuevas reflexiones acerca de la sobreescritura, la lectura y la interpretación.

Tal vez la apuesta más arriesgada del libro sea centrar el análisis en lo que los relatos dicen y contextualizar en ese nivel. Sí bien se mencionan hechos históricos argentinos (el peronismo o las acusaciones contra Jacobo Timerman), falta una reflexión sobre la situación de Borges dentro del campo literario argentino. El riesgo de esta apuesta es el señalado por Beatriz Sarlo: Borges gana el espacio deseado para la literatura latinoamericana de ocuparse de temas universales (en este caso hace suya la historia universal), pero pierde la conexión con el campo intelectual argentino. Está particularmente ausente un análisis de las operaciones con respecto a la tradición literaria argentina del siglo XIX —tan bien señaladas por Ricardo Piglia—,³ que podría verse favorecido con una investigación como la que despliega Balderston. Cuando hace referencia a la situación argentina es porque aparece en la superficie textual, como en “Historia del guerrero y de la cautiva” o “Guayaquil”, pero en ese caso pierde la profundidad y la riqueza que caracterizan otros análisis.

La noción del tiempo está en el centro de las reflexiones de Balderston, el intento por “historizar los relatos de Borges” es también una lucha ideológica con gran parte de la crítica que vio en ellos la puesta en escena de un tiempo circular y, por lo tanto, ajeno a la Historia. Tal vez el estudio que mejor plantea este problema sea precisamente el que se encuentra en el centro del libro, es decir el quinto de nueve capítulos: “Criptograma y escritura: perdiendo cuentas en ‘La escritura del dios’”. Para Balderston, “La escritura del dios” es el relato de cómo el pueblo maya, y con él la mayoría de las culturas precolumbinas, no pudieron salvarse porque la llegada de los invasores interfirió en sus relaciones con los dioses y los sumergió en un espacio sin tiempo, que para la cultura maya (como para Bajtún y, se sugiere,

³ Es significativo que no considere la identificación que hace Piglia de Pierre Menard con Paul Groussac en *Respiración artificial*, novela que sin embargo forma parte de la bibliografía.

para Borges) era una idea inconcebible. El enigma de por qué el sacerdote prefirió perderse y con él a su pueblo tiene respuesta precisamente en la concepción del tiempo. Contra la ilusión de recuperar el paraíso perdido, las palabras de Tzinacán cuentan una ruptura fundamental: perdió el contacto con el tiempo y de ese modo la unidad con su pueblo. Nuevamente, es imposible volver atrás.

La lectura del libro deja la impresión de una obra bien documentada, cuyas arbitrariedades no dejan de aportar datos de interés. Por otra parte, las estrategias ficcionales de Balderston (que están presentes en todo el libro, junto con una deliberada contaminación borgiana de su prosa) mantienen al lector en una zona entre el regocijo y el fastidio, pero contribuyen a singularizar este libro entre la interminable bibliografía sobre Borges que parece reproducirse a sí misma y convierte a “La biblioteca de Babel” en una profecía sobre la crítica literaria.

Graciela Goldchluk